

EL FASCISMO es algo peculiarísimo de un país y de un minuto de la vida de ese país, pero no es un verdadero sistema político original. Cualquiera dictador de este tiempo, si es inteligente y quiere servir de algo a su país, tiene que ser un dictador fascista. El llamado COMUNISMO es un sistema de transición, lo mismo que el capitalismo.

EL CAPITALISMO es el gobierno para una clase. El sovietismo o comunismo lo es para la clase contraria. Si las clases llegan a desaparecer o a organizarse en forma armónica, como es lo más probable, ni el capitalismo ni el sovietismo tendrán finalidad en el mundo y desaparecerán. La diferencia entre ellos es que el capitalismo cree que es el sistema perfecto y único de organización social, y, en cambio, el sovietismo sabe que es un sistema de transición, propio de una época de lucha. Tras él vendrá, según él mismo lo anuncia, una época de concordia y armonía. Decía Jaures que el recuerdo de las crudezas de la lucha social "horrorizará a la humanidad reconciliada". Dios quiera que haya dicho una profecía.

Pero pasadas las épocas violentas de transición no queda al mundo civilizado otro sistema de gobierno orgánico posible que la Democracia; es decir; el gobierno ejercido en bien de todos por una minoría selecta designada o aceptada por la mayoría. De este sistema podemos poner como ejemplo, en los tiempos actuales, el de la República Española. No me refiero a una democracia plebiscitaria, porque una democracia tan absoluta es casi imposible, pues aún en las democracias más universales como en la de los cantones suizos o en la de la Atenas de la antigüedad, por encima de lo que parece gobierno de todos se insinúa y marca la mano directriz de los capaces.

Pero para decidir por la forma de gobierno que debe adoptarse en un momento de crisis, para encauzar la cosa pública por el buen camino, aún para ser buen fascista o buen comunista se necesita al hombre capaz de hacer obra de gobierno, o sea el hombre capaz de dar forma jurídica justa a los impulsos desbordantes de la multitud. Y estos hombres capaces para tanta labor, donde mejor pueden prepararse es en un organismo creado con el fin de formarlos; es decir, en la Universidad, la organización educativa que mejor puede desempeñar tan alta y delicada misión social.

La Universidad fecunda y orientadora se convierte así, en una necesidad de orden público de las más imperiosas.

## La Universidad y la Cultura

—(U)—

El Hombre Técnico y el Hombre Culto

—(U)—

Por el Lic. HECTOR GONZALEZ.

—(U)—



Universidad al preparar hombres capaces para la vida produce principalmente estos dos tipos intelectuales: el técnico y el culto, que, aunque se parecen, son algo bien distinto y que no conviene confundir. De un modo general los podemos definir diciendo que el técnico sabe mucho de una sola cosa y poco o tal vez nada de las demás; en cambio el culto sabe algo, á veces mucho, y lo sabe bien, de todas las cosas.

El técnico es el experto, el capaz en su profesión o en la especialidad a que se dedica. El culto puede hasta no tener profesión, pero tiene en cambio ideas sobre todas las cosas y comprensión más rápida y completa sobre todos los problemas del mundo y ve la vida con más claridad porque la puede ver en todos sus aspectos. Comprende mejor las situaciones generales, mientras que el técnico puede llegar a parecer un ciego al sacarlo de la especialidad a que se dedica.

Al enfrentarse con los complejos problemas de una sociedad, el técnico los verá mejor, pero en un solo aspecto, los comprenderá en penetración, verticalmente, en cuanto se refieren a su especialidad. El culto, en cambio, los vé algo más por encima, pero mejor en sus relaciones con otras cuestiones y con otros problemas, cuyo conocimiento puede ser indispensable para la resolución del problema especial de la materia que domina el técnico. Un modelo de hombre culto y comprensivo lo podemos tener en un buen periodista o un buen estadista. Y ni de uno ni de otro se puede decir que sean verdaderos técnicos, como lo es un químico, o un biólogo, o un astrónomo, o un matemático, o un economista, o un abogado.

Aplicadas pues, sus actividades en cuestión de problemas que afecten a una colectividad, la labor del técnico y la del culto deben complementarse y completarse. El técnico puede estudiar en su mayor minuciosidad los detalles de una cuestión complicada y entregar en seguida un estudio al culto para que este, relacionando ese estudio

con otros estudios técnicos especiales mire mejor la cuestión, vertical y horizontalmente, en profundidad y en amplitud, y, usando de sus capacidades comprensivas de la totalidad de los fenómenos, dé una resolución acertada.

De lo que es esta labor doble, relacionada y armonizada, podemos darnos cuenta considerando la forma en que se presentaron los plenipotenciarios de las naciones interesadas al preparar el Tratado de Versalles, o la forma en que desarrolla sus trabajos la Liga de las Naciones. A Versalles fué el diplomático, el estadista, el hombre de capacidades generales, el de la ciencia del mundo, el hombre culto, acompañado y respaldado por una tropa de especialistas, de técnicos, de expertos en materias determinadas, que lo iban a ayudar, estudiando por él los detalles y las minucias de los problemas de carácter técnico, militares, jurídicos, económicos, etc. etc., el técnico ayudó; el estadista fué el que resolvió.

En igual forma se procede en la Liga de las Naciones, lo mismo que en todos los gobiernos bien organizados. Y ésto, que es una consecuencia de la necesidad de dividir en fracciones, o mejor en porciones, un trabajo vasto, conduce a la mejor consecución de un fin.

Como una Universidad es una institución encargada de velar antes que nada por los altos intereses de una sociedad, debe formar lo mismo técnicos que cultos, pero de preferencia cultos a técnicos, o si le es posible mejor todavía, técnicos que sean cultos, hombres de conocimientos integrales, que son los más capacitados para servir en todo caso los intereses de una sociedad. Un técnico los puede servir mejor en determinada cosa, en un solo problema, en lo que es su especialidad. Pero si el problema o los problemas que se presentan no pertenecen a esa especialidad, lo más seguro es que les de una solución desacertada. Y hay problemas, como los de orden jurídico y económico, que no pueden resolverse por sí mismos, que son tan complicados que requieren la consideración de muy diversas cosas, colocadas en planos muy diversos, para recibir una solución correcta. Por lo mismo el jurista y el economista, son los que más necesidad tienen de ser hombres cultos y por ello su preparación es más laboriosa cuando menos debe serlo, que en otras profesiones.

El hombre culto y entendido puede resolver mejor que nadie los continuos problemas que se presentan en el mundo y además personalmente tienen sobre otros hombres la gran ventaja de comprender la vida y de poder mirarla, cuando no con cariño, cuando menos con benevolencia.

En momentos tan complicados y tan difíciles como los actuales, puede comprender mejor y más

pronto el espíritu de los tiempos y acomodar su paso a ellos. Por lo mismo, puede, en una época de desorientación general, orientarse mejor que otros y disponer mejor de su conducta con mayor provecho para él y mejor beneficio para sus semejantes. Y si la desgracia o su mala estrella no lo pueden orientar hacia un acomodo fácil y provechoso en medio de la confusión general, lleva cuando menos la ventaja, de gustar el íntimo placer de poder comprender un fenómeno tan vasto, tan complicado, tan difícil, tan abrumador como el de la vida, siempre nueva, siempre diferente y siempre fecunda en sorpresas.

Y si además de los técnicos y del hombre de veras culto, puede sacar la Universidad este otro tipo general de hombre que puede vivir con aplomo en el mundo y pasar por entre sus semejantes con un gesto de comprensión y una sonrisa de benevolencia, hará el mayor bien que pueda esperarse de ella.

